

SEXO, MARX Y NOVA CANÇÓ. GÉNERO, POLÍTICA Y VIDA PRIVADA EN LA JUVENTUD COMUNISTA DE LOS AÑOS SETENTA

SEX, MARX AND *NOVA CANÇÓ*.
GENDER, POLITICS AND PRIVATE LIFE
IN COMMUNIST YOUTH DURING THE SEVENTIES

Mónica Moreno-Seco
Universidad de Alicante (España)
ORCID: 0000-0002-3219-8790

Recibido el 17-10-2016 y aceptado el 22-11-2016

Resumen: En el tardofranquismo y la Transición, muchas y muchos jóvenes se politizaron y se identificaron con la nueva cultura juvenil presente entonces en el mundo occidental. En el PCE, partido que contaba con una larga trayectoria, la irrupción de una nueva generación permitió que la organización fuera más permeable a los cambios que estaba experimentando la sociedad española. En las diferentes formaciones de la izquierda radical comunista, de creación reciente, la mayoría de la militancia pertenecía a una generación joven que buscaba distanciarse de los moldes políticos y los modelos sociales y morales anteriores. Las militantes jóvenes que tuvieron contacto con el feminismo introdujeron nuevos debates y demandaron un trato igualitario, circunstancia que tuvo una especial incidencia en la militancia, tanto en su acción política como en su vida cotidiana. Cuando afloraron las contradicciones entre discursos feministas y prácticas, reclamaron coherencia en el interior de sus partidos y en las relaciones personales, y contribuyeron a reformular las identidades femenina y masculina en sus diversas culturas políticas.

Palabras clave: género, juventud, comunismo, nueva izquierda, feminismo, años setenta.

Abstract: In the last years of Francoism and during the Transition, many young men and women became interested in politics and identified with the new youth culture in the western world. In the long established Spanish Communist Party, the arrival of this new generation led the organization to be more open to the changes taking place in Spanish society. In the radical new left parties, most militants belonged to a younger generation which sought to distance itself from the francoist political, social and moral models. Young militant women who were in contact with feminist ideas proposed new debates and demanded equal treatment, influencing the political action and private life of the membership. When contradictions between feminist discourses and practices arose, these young women demanded coherency in their parties and personal relationships, and contributed to changes in female and male identities in their various political cultures.

Key words: gender, youth, communism, new left, feminism, seventies.

Existe un consenso historiográfico en conceder un destacado protagonismo a las fuerzas de izquierda en el colapso del franquismo y en la construcción de la democracia durante los años setenta¹. Los estudios suelen centrarse en los debates ideológicos y las principales actuaciones de los partidos. En este texto se mostrará especial atención a los discursos, representaciones y elementos identitarios que pueden ayudar a entender las experiencias de sus militantes en la acción política y en la vida cotidiana. En el mundo progresista de los años setenta, ambas facetas, lo público y lo privado, se entendían como elementos inseparables que debían estar en consonancia, de manera que no solo el activismo marcaba las opciones personales, sino que las relaciones afectivas y privadas formaban parte del proyecto revolucionario. En palabras de Kornetis, lo privado era público y viceversa². Como recuerda Celia Amorós, «ser progre cubría toda una gama que quería decir desde ser antifranquista y demócrata hasta ser persona contraria a la pareja, [no] monógama, con opciones sexuales alternativas»³. Frente al conocido lema de «sexo, drogas y rock'n roll», los y las jóvenes que militaron en el PCE y la izquierda radical comunista española en los años setenta se rigieron por la terna «sexo, Marx y *nova cançó*» o canción protesta catalana.

En ese sentido, a partir de investigaciones sobre la identidad comunista, la cultura organizativa de estas formaciones y el significado de la militancia, se pretende avanzar en el conocimiento sobre las identidades y las relaciones de género en la juventud que pertenecía a las formaciones comunistas⁴. La alta presencia de mujeres en los partidos de izquierda y en sus organizaciones juveniles influyó en la politización de lo privado, que fue un elemento característico de esa generación, y en la necesidad de incorporar lo privado al debate político⁵. Pero también transformó la forma de concebir la militancia, pensada hasta ese mo-

¹ Una de las últimas aportaciones en este sentido, que ofrece un interesante panorama comparativo, es la obra de Molinero e Ysàs, 2016.

² Kornetis, 2015, p. 181.

³ Testimonio de Celia Amorós en García de León, 2008, p. 38.

⁴ Me refiero a trabajos como los de Domènech Sampere, 2010; Erice Sebares, 2010; Cucó i Giner, 2008 o Wilhelmi, 2016.

⁵ Vassallo, 2009, p. 19-32. Insisten en la importancia que adquirieron a partir de 1968 el género y la sexualidad, en definitiva lo privado, en diversas manifestaciones de la política, y en la necesidad de integrarlos en los estudios sobre la época Frazier y Cohen, 2009.

mento en masculino, por lo que resulta necesario profundizar en las diversas maneras de abordar las relaciones entre género y compromiso político⁶. El deseo de libertad política y el anhelo de libertad personal iban parejos entre los y las jóvenes militantes, pero alcanzaron resultados diferentes en función del género.

Por otro lado, no puede olvidarse que tanto el eurocomunismo como la izquierda radical consiguieron atraer en los años setenta a un número importante de jóvenes⁷. La juventud se convirtió en un actor político muy destacado, una circunstancia que se explica no solo por la reorganización de las fuerzas antifranquistas, sino también por el contexto internacional de radicalización política y protesta juvenil, que se vehiculó a través del activismo en los movimientos sociales y de la militancia en estructuras de partidos⁸. Desde mediados de los cincuenta, el PCE había desarrollado la estrategia de fortalecer la sociedad civil para ampliar las bases sociales de la futura democracia, impulsando movimientos sociales que eclosionaron en los sesenta y alcanzaron una gran capacidad movilizadora en la década siguiente, un giro que lo convirtió en una opción atractiva para un sector de la juventud⁹. En este partido de larga trayectoria que había abrazado el eurocomunismo, los y las jóvenes coexistieron con militantes de mayor edad y amplia experiencia, y con frecuencia militaron también en la UJCE (Unión de Juventudes Comunistas de España)¹⁰. Además, desde finales de los sesenta surgieron partidos políticos como la LCR, el PTE, la ORT, el MC, la OIC o el PCE (m-l) que se adscribían a la nueva izquierda, retomaron elementos ideológicos del marxismo-leninismo, el trotskismo o el maoísmo y se vieron influidos por las experiencias revolucionarias del Tercer Mundo. Eran formaciones con una militancia joven, que además

⁶ Como plantean Bergés y Yusta Rodrigo, 2015, p. 11.

⁷ En el mundo anarquista, frente a la falta de relevo generacional en la CNT (Herreín, 2004, p. 315), los y las jóvenes optaron por un activismo menos orgánico, vinculado a ambientes contraculturales, al rock o al comic, y acciones feministas, ecologistas y antimilitaristas (Carmona Pascual, 2012). Por su parte, las Juventudes Socialitas experimentaron fuertes tensiones internas, entre la radicalización de los primeros años y a partir de su legalización en 1977 una progresiva moderación, que convivió de forma contradictoria con el interés por la contracultural juvenil del momento (González, Martín y Gómez, 2016, p. 127-128).

⁸ Insiste en la participación juvenil en partidos Dubois, 2014.

⁹ Molinero, 2010.

¹⁰ Aborda los años setenta como época de fuertes cambios que afectaron a las juventudes comunistas Domènech Sampere, 2008.

contaban con sus respectivas organizaciones juveniles, entre las que destacaba la Joven Guardia Roja, del PTE¹¹.

Una de las novedades de la movilización juvenil de esta época fue su carácter global¹². La juventud militante en las formaciones comunistas españolas se sentía parte de una cultura juvenil transnacional, que reclamaba profundos cambios en valores y costumbres, y se caracterizaba por una destacada politización en el contexto de la Guerra Fría, del auge del Tercer Mundo y del impacto de los acontecimientos de 1968¹³. La generación joven de los setenta, se decantara o no por la militancia política directa, en buena cuenta compartía un rechazo al sistema —poder, capitalismo— que «permitió solidificar una identidad que entrelazaba el “ser joven” con la ruptura del “orden establecido”¹⁴». No obstante, este carácter contestatario debe insertarse en el mencionado contexto de tensiones políticas, para evitar asimilar de forma mecánica juventud con radicalismo e idealismo¹⁵.

La intersección entre género y edad será uno de los ejes de este trabajo. Las identidades de género y la categoría de juventud se construyeron de forma conjunta, a partir de la demanda de derechos y del deseo de cambio frente a la dictadura, la injusticia y la moral tradicional. Las mujeres y los hombres jóvenes se distanciaron de forma consciente de los modos de vida y muchas veces de los ideales de sus mayores. La juventud se hizo más plural como actor social y político cuando las mujeres se incorporaron a la militancia y los espacios de sociabilidad juvenil se volvieron mixtos¹⁶. Las militantes jóvenes trasgredieron los discursos normativos de género y desarrollaron una «revolución interior» no solo al mostrar interés por la política, sino también al cambiar de hábitos, de manera de relacionarse con los jóvenes y de forma de vestir¹⁷.

En este texto se propone que, mientras en algunos países latinoamericanos la acción política permitió a la juventud incorporarse a la esfera pública, pero supeditando lo privado a la causa política¹⁸, en España, como

¹¹ Laiz, 1995; Martínez i Muntada, 2016.

¹² González Calleja, 2005.

¹³ Marwick, 1998; Horn, 2007.

¹⁴ Andújar, 2009, p. 151.

¹⁵ Como recuerda Souto Kustrín, 2007.

¹⁶ Feixa, 2006, p. 4 reclama introducir a las mujeres en los estudios sobre juventud.

¹⁷ Rodríguez Tejada, 2004, p. 139.

¹⁸ Como sucedió en Argentina, según Oberti, 2015, p. 182.

en otras naciones del entorno europeo, muchas militantes jóvenes recurrieron a los planteamientos igualitarios que provenían del feminismo para reclamar un espacio propio en la acción política y unas relaciones personales en igualdad, entendidas como parte de la lucha por una sociedad socialista¹⁹. Estas demandas introdujeron cambios en las culturas políticas a las que pertenecían. Si bien el PCE tenía unas amplias bases sociales de clase trabajadora y los últimos estudios sobre la izquierda radical insisten en su composición mayoritariamente obrera²⁰, cabe plantear que la influencia de las militantes universitarias y feministas fue decisiva en la reformulación de las relaciones de género y en el replanteamiento de los aspectos vinculados a la vida privada dentro de los partidos estudiados. Estos discursos y prácticas impulsadas por jóvenes, en su mayoría de clase media, fueron permeando, con límites, la militancia de otras edades y clases sociales. No obstante, como veremos, tuvieron unas repercusiones desiguales en el funcionamiento interno de los partidos y en las relaciones de poder en su interior. Por otro lado, se ha subrayado con acierto que estas jóvenes eran mujeres *en transición*, que cambiaron profundamente a la vez que participaban en la movilización social y política de la Transición²¹. Aunque fuera en menor medida y con tensiones y resistencias, también la difusión de principios igualitarios, la experimentación de nuevas relaciones personales y la importancia concedida a la coherencia entre ideología y actitudes cotidianas interpelaron a sus compañeros de militancia.

1. La militancia y las militantes

Según la información facilitada por los propios partidos, en 1977 el porcentaje de mujeres respecto del total de la militancia fluctuaba entre el 25 y el 35% en el PCE, el PTE, el MC y la LCR, proporción bastante mayor que el 15% que declaraban el PSOE o el PSP. Por otro lado, mientras

¹⁹ La experiencia española presenta muchos paralelismos con el caso griego, en especial en el eurocomunismo (Papadogiannis, 2015b) y notables diferencias respecto a lo sucedido en Portugal, donde un PCP muy tradicional no incorporó las tesis feministas en su ideario (Tavares, 2011). Por su parte, en Francia el PCF tardó en aceptar las reivindicaciones feministas, que fueron destacadas en la LCR (Trat, 2008, p. 134-140).

²⁰ Wilhelmi, 2016, p. 357-362.

²¹ Nash, 2007.

la militancia del PCE tenía una media de edad de 50 años, los partidos de la izquierda radical contaban con una media de 25-30 años²². La urgencia de acabar con la dictadura, la rebeldía o la atracción por el riesgo eran rasgos que unían a la juventud comprometida y parecían crear una identidad colectiva neutra; como señala la entonces joven militante del PCE María Antonia García de León, las actividades clandestinas «eran cosas entre peligrosas y apasionantes (los «grises» corrían y pegaban de verdad (...)). Todo ello nos daba un sentido muy bonito de unidad y pertenencia al *mundo unido* del antifranquismo. Teníamos algo que hacer, teníamos sentido, éramos vidas “con un propósito”»²³. Sin embargo, la destacada presencia de mujeres en los partidos del universo comunista hizo aflorar las contradicciones entre discursos y prácticas en un mundo masculinizado, que bebía en buena cuenta de la cultura obrera.

La imagen del militante antifranquista en los setenta, en especial hasta 1975 o incluso hasta la legalización de la mayoría de estos partidos en 1977, se perfilaba en torno a valores como entrega, capacidad de sacrificio, disciplina, honestidad, solidaridad y valentía ante la violencia o la represión, principios que compartían mujeres y hombres, pero que se conjugaban en masculino, en términos heroicos y de liderazgo²⁴. Este modelo de militante era un arquetipo de larga trayectoria en la cultura política comunista²⁵, que en los sesenta los medios de propaganda del PCE difundieron encarnado en camaradas encarcelados por la dictadura franquista, entre los cuales destacó Julián Grimau, comunista intachable, militante entregado y padre de familia ejemplar, que afrontó con temple las torturas y la ejecución. También se lanzó una campaña de solidaridad en torno a las figuras de las asturianas Tina Pérez y Anita Sirgo, convertidas en heroínas, ejemplos de valor y coraje político por su participación en las movilizaciones de la cuenca minera y su temple al ser maltratadas por las autoridades²⁶. Pero se ha señalado que, con excepciones como la anterior,

²² *Un hombre, un voto*, 1977, p. 159-209. *Opción. Revista de la mujer liberada*, n.º 6, mayo de 1977.

²³ Testimonio de María Antonia García de León, en García de León, 2008, p. 64.

²⁴ Erice Sebares, 2010, p. 159-162. Esta entrega total de la militancia comunista (Pala, 2013), contrastaba con el activismo menos estructurado y disciplinado propio de los movimientos sociales. Sobre su masculinización, Muñoz Ruiz, 2007.

²⁵ En el primer franquismo, la fortaleza y el sacrificio se traducían en el caso de las mujeres en su abnegación como buenas madres comunistas (Barranquero Texeira, 2012; Cabrero Blanco, 2010).

²⁶ Balsebre y Fontova, 2014, p. 229-245 y 379-381.

las organizaciones antifranquistas obreras distinguían entre héroes (hombres) y víctimas (mujeres) de la represión²⁷. Ya en 1975, la OIC definía los principios que debían regir la acción militante: disciplina, constancia, rigor en el análisis social, actitud de crítica y autocrítica, claridad, honestidad y solidaridad de clase²⁸. Por su parte, el PCE (m-l) proclamó oficialmente «héroes del partido» a los camaradas Martos, Baena, García Sanz y Sánchez-Bravo

«porque en todos ellos han concurrido circunstancias excepcionales; porque todos ellos han levantado con valor y dignidad las banderas del Partido y del marxismo-leninismo; han ofrendado sus jóvenes vidas por la causa de la revolución; han muerto como auténticos héroes comunistas, rotos los cuerpos por las torturas, pero intacta su moral revolucionaria. Su ejemplo nos sirve de guía y aliento. Sus nombres son, y han de ser cada vez más, banderas de combate, banderas del Partido y de la revolución. ¡Honor y gloria a nuestros héroes!»²⁹.

Además, en algunas organizaciones hubo un abierto culto al líder, circunstancia que reforzaba la imagen masculina de la militancia³⁰. En el mismo sentido, la disciplina y la jerarquía formaban parte de la cultura organizativa de la izquierda revolucionaria, características que no son atribuibles solo a las condiciones de clandestinidad en que surgieron estos partidos, pues se mantuvieron después de la legalización, con alguna excepción³¹.

La identidad militante comunista también delineaba sus contornos con la crítica a las desviaciones pequeñoburguesas y a quienes caían en el individualismo o lo que se definía como liberalismo. Los ataques a las opciones políticas consideradas reformistas o revisionistas eran especialmente extremos en el discurso de la izquierda revolucionaria, pero tanto jóvenes eurocomunistas del PCE como trotskistas o maoístas reproducían actitudes intransigentes con aquellas prácticas políticas y cotidianas que se alejaban del compromiso total. La descripción que se hacía de estas actitudes remitía a estereotipos de género, al contraponer características como debilidad y fortaleza. En ese sentido, el PCE (m-l) advertía contra el

²⁷ Varo Moral, 2012, p. 102.

²⁸ Sans Molas, 2016, p. 11.

²⁹ PCE (m-l), 1978, p. 17-18.

³⁰ Wilhelmi, 2016, p. 95 y 99, destaca en especial la ORT y el PTE.

³¹ Wilhelmi, 2016, p. 360-361.

enemigo de clase y «la penetración de su ideología a través de los elementos débiles y pequeñoburgueses», llamando a mostrar firmeza y disciplina frente a militantes que no cumplían con sus obligaciones, denotaban falta de entusiasmo o colocaban en un primer plano sus opiniones personales³².

La masculinización de la política se daba en términos simbólicos, pero tenía repercusiones en la militancia de las mujeres, en su capacidad de actuación, sus prioridades y sus intereses³³. Y, como veremos, también en la gestión del cuerpo, los afectos y la vida cotidiana. La prioridad de la lucha política en los primeros años setenta dejaba a un lado otras demandas de igualdad, que eran supeditadas al fin de la dictadura, la llegada de la democracia o el triunfo de la revolución, opción que compartían muchas militantes. Por otro lado, la trasgresión que suponía la presencia de mujeres en los partidos se resolvía en ocasiones con la reproducción de la imagen masculina de compromiso total y fortaleza ante la represión. Así, a finales de 1976 la revista de las juventudes del PCE de Aragón ensalzaba por su entrega a la causa a Violeta Ibáñez, militante desde los 14 años, integrante del Secretariado Político estatal y del Comité regional de Aragón, que había sido detenida³⁴. De forma simultánea, la imagen de la joven militante estuvo revestida de paternalismo, que obedecía tanto a los estereotipos de género como a aquellos vinculados a la edad, entre las autoridades franquistas, que con frecuencia percibían a estas jóvenes como militantes no autónomas y por tanto menos peligrosas, lo cual supuso en términos generales un menor nivel de represión³⁵.

A medida que avanzaban los años setenta, la presión de las militantes cuestionó el sujeto neutro y masculino de los partidos revolucionarios³⁶. La extensión del arquetipo de la mujer liberada, que ha estudiado Arbaiza, contribuyó a fortalecer una imagen autónoma y rebelde de estas militantes jóvenes que se alejaban del modelo de feminidad que representaban sus madres o las militantes más veteranas³⁷. En el PCE, por ejemplo, el referente clásico de Dolores Ibárruri ya no encarnaba las inquietudes de

³² PCE (m-l), 1978, p. 16 y 94-95.

³³ Como ha analizado para CC.OO. Varo Moral, 2014.

³⁴ *Cierzo*, órgano de la Juventud Comunista de Aragón, n.º 2, octubre-noviembre de 1976.

³⁵ Rodríguez Tejada, 2009, vol. II, p. 438. Sobre el alcance de la represión, que afectó en especial a jóvenes universitarias, Varo Moral, 2012, p. 100.

³⁶ Como ha apuntado Oberti, 2015, p. 75. Alude a las transformaciones en clave igualitaria del ideal de militante del PCE Cruz Chamizo, 2016.

³⁷ Arbaiza, 2014.

las jóvenes³⁸. A diferencia de lo sucedido en organizaciones de países latinoamericanos donde todavía en los setenta existía una superposición de discursos que representaban a la militante como madre y esposa y a la vez luchadora, dando lugar a unas identidades fragmentadas, en España las jóvenes revolucionarias se decantaron por la segunda opción³⁹. Con matices entre organizaciones y sin olvidar las diversas preferencias individuales, probablemente la causa de que se impusiera la identidad militante fue la destacada impronta del feminismo entre las jóvenes revolucionarias españolas, en especial las universitarias, pero que fue impregnando también a las jóvenes trabajadoras. Se fue construyendo, por tanto, una nueva identidad femenina, revestida de rebeldía, que accedía al espacio masculino de la política y trasgredía los códigos de género. Frente al mito de la «mujer rebelde» que Pilar Díaz Sánchez ha detectado en trabajadoras que explicaban su compromiso por una personalidad inquieta y excepcional, en los setenta la juventud progresista se percibía contestataria en términos colectivos⁴⁰. Así, un manifiesto de la Federación de Juventudes Comunistas Revolucionarias (LCR) reclamaba acabar con el capitalismo y el patriarcado: «Y las mujeres jóvenes jugamos ahí mucho y fuerte, porque somos rebeldes y no estamos impregnadas de ese veneno conformista que todo lo justifica»⁴¹. En el mismo sentido, Pilar Higuera, simpatizante del MC, describe su experiencia después de ser detenida: «El momento de las torturas era duro, doloroso, pero yo era muy joven y rebelde, y tenía el convencimiento de lo que estaba haciendo, me lo creía, me sentía muy segura de que no iban a conseguir sacarme nada»⁴². Otras características de las jóvenes militantes eran la decisión, la independencia, el orgullo y a veces la liberación sexual⁴³.

Las discrepancias entre militantes feministas y aquellas que priorizaban la lucha política solía coincidir con la diferencia de clase, entre estudiantes y obreras, y con la disparidad de edad, entre jóvenes y adultas, tensiones que afloraron en especial en el PCE, cuya militancia era hete-

³⁸ Moreno Seco, 2014.

³⁹ Para Argentina, Oberti, 2015, p. 130-132.

⁴⁰ Díaz Sánchez, 2001, p. 319.

⁴¹ ALCR, Caja LCR, «Manifiesto de la Juventud Revolucionaria», sf.

⁴² En <<http://www.lacomunapresxsdel franquismo.org/2015/05/12/pilar-higuera/>> [16-VI-2016].

⁴³ Las jóvenes trabajadoras militantes del PCE o de la izquierda radical entrevistadas por Díaz Sánchez aluden a las primeras (2001, p. 322).

rogénea⁴⁴. Además, las divergencias afectaban también a su imagen y su forma de relacionarse con los compañeros del partido. Las más veteranas eran percibidas como militantes obedientes a las jerarquías del partido, trabajadoras preocupadas por lo social pero que no incluían lo privado en su labor política; a su vez, las universitarias eran vistas como mujeres liberadas, que defendían cuestiones frívolas y secundarias.

El contacto y la integración de un número creciente de jóvenes militantes con el feminismo les impulsó a introducir debates nuevos en sus formaciones políticas, entre ellos la integración de la liberación de las mujeres en la lucha por el socialismo, superando las anteriores tesis marxistas que priorizaban la revolución y creían que la igualdad entre mujeres y hombres se alcanzaría de forma automática en la sociedad sin clases⁴⁵. No se hizo sin tensiones, como es lógico, y hubo que vencer resistencias ideológicas, por el peso del estructuralismo marxista y de la interpretación del feminismo como un movimiento burgués⁴⁶. Como ha señalado Arriero, en estos partidos se dieron «conflictos de género» entre camaradas, debido al recelo y hostilidad con que en ciertos casos eran recibidas las demandas feministas⁴⁷. Mientras algunas formaciones incorporaron en sus discursos oficiales la idea de que el socialismo no estaría completo sin el feminismo, y de que el origen de la subordinación de las mujeres no se explicaba solo por la división de clases, como hicieron el PCE, la LCR o el MC y sus organizaciones juveniles, otras siguieron manteniendo las tesis clásicas durante más tiempo, como el PTE o la ORT⁴⁸.

Asimismo estas jóvenes plantearon la necesidad de que la política y los partidos fueran un ámbito abierto a las mujeres, que se garantizara su promoción interna y que las tesis feministas fueran interiorizadas por

⁴⁴ Erice Sebares, 1996, p. 338. Sobre el proceso de politización de la generación mayor, Abad Buil, 2010.

⁴⁵ Mientras el PCE impulsó la creación del MDM, que en los setenta adquirió un discurso feminista (Arriero Ranz, 2016), el PTE auspició la ADM (PTE, 2010, pp. 141-145) y la ORT la ULM. Además, en estas u otras asociaciones feministas, las militantes comunistas y de extrema izquierda participaron de lleno en las campañas a favor de la supresión del adulterio, en defensa del divorcio o la despenalización del aborto. Las diferencias entre el feminismo del PCE y el de la izquierda radical en López Romo, 2013 y Moreno Seco, 2013.

⁴⁶ Pala, 2005, p. 133-139. Escudero Andújar y González Martínez, 2011, p. 528-529.

⁴⁷ Arriero Ranz, 2016, p. 285.

⁴⁸ Ruiz y Romero, 1977, p. 44, 58-59, 107 y 162. Proclamas en defensa de la igualdad de derechos de las mujeres jóvenes en *Adelante*, órgano de las JC de Asturias, n.º 4, 1971 o en *Demà. Órgan del Comitè Intercomarcal de Tarragona de la Joventut Comunista de Catalunya*, mayo-junio de 1975.

toda la militancia. Porque a medida que se afianzaba el proceso de Transición, el fortalecimiento de las estructuras de los partidos y su institucionalización dificultó el reparto equitativo de tareas, que había estado más extendido cuando la movilización era más informal⁴⁹. De manera que en las primeras elecciones de 1977, el PCE optó en algunas circunscripciones por candidatas poco vinculadas al feminismo y con una vida afectiva estable, que ofrecían una imagen de moderación que se consideró necesaria para obtener buenos resultados electorales. Como recuerda Pilar Pérez Fuentes, sus compañeros, que ocupaban cargos «porque lógicamente los que ascienden son ellos, ¿no?, y entonces son los que deciden, después de que se han corrido las 25.000 juergas en mi presencia, que hay determinadas formas burguesas, entre comillas, que hay que cuidar para estar en las instituciones, para que la gente te vote». En suma, la «figura de la buena comunista que circulaba por el partido» no era la imagen que proyectaban las jóvenes estudiantes liberadas, «no éramos iconos servibles para la revolución»⁵⁰. Por otra parte, aunque por supuesto hubo mujeres muy destacadas en estos partidos, constituían una exigua minoría en los órganos de dirección y representación, incluso en los movimientos juveniles. El Consejo Político del PCE estaba compuesto en 1977 por 32 integrantes, siendo solo 3 de ellas mujeres⁵¹. En la UJCE, en 1978 se eligió solo a 2 mujeres de un total de 16 miembros del Comité Ejecutivo⁵². No obstante, en algunas formaciones la situación era más equilibrada: en la primera conferencia de cuadros de la Joven Guardia Roja las mujeres eran un 40% de los mismos, movimiento que además estaba encabezado por Pina López Gay⁵³. En las elecciones de 1979 por la provincia de Madrid, las candidatas representaban un 38% del total en la lista del MC-OIC, un 25% en la ORT y solo un 10% en el PCE⁵⁴.

Para desarrollar una tarea feminista y política que revirtiera esta situación en un sentido igualitario, reclamaron la creación de espacios propios dentro de sus partidos y consiguieron organizar comisiones, secreta-

⁴⁹ Así sucedió en CCOO, como han puesto de manifiesto Borderías *et al.*, 2003, p. 165-166.

⁵⁰ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 128 y 135.

⁵¹ *Un hombre, un voto*, 1977, p. 180-181.

⁵² UJCE, 1980, p. 330 y 336.

⁵³ *La Voz de la Joven Guardia Roja*, n.º 4, septiembre de 1976.

⁵⁴ Frente a un 7,18% en las listas de UCD o un 7,47% en el PSOE (*El País*, 18-III-1979).

rías, fracciones y estructuras de mujeres con reconocimiento oficial⁵⁵. La experiencia de las militantes que se integraron en estas secciones fue bastante positiva en términos generales, aunque encontraron resistencias y no siempre alcanzaron sus objetivos⁵⁶. Según Isabel Cercenado Calvo, del MC, la presencia de mujeres con prestigio en el partido permitió la formación de la estructura, y en estas cuestiones «las chicas mandan y mandan mucho»⁵⁷. De la misma opinión era Llum Quiñonero, también del MC, quien reconoce que consiguieron cambios porque las feministas del partido eran «muy contundentes»⁵⁸. Por su parte, Justa Montero, de la LCR, afirma que fueron capaces de construir «un partido que respetara y defendiera la lucha de las mujeres»⁵⁹.

Resultado de esta labor y de la apertura de los partidos a los nuevos movimientos sociales, mientras que en 1975 el PCE se definió oficialmente como «el partido de la liberación de la mujer», unos años después la UJCE se declaraba como una organización «que aspira a ser una organización feminista, puesto que hoy por hoy no lo es y esto tiene que ser el fruto de la discusión y de asumir este problema». Y hacía un llamamiento a los y las militantes: «no se trata de liberar únicamente a la mujer de su condición de oprimida sino también el hombre de su condición de opresor»⁶⁰. En el MC el feminismo se convirtió en una de sus señas de identidad, como se afirmó en su II Congreso de 1978⁶¹. En las mismas fechas, la LCR aprobaba en su V Congreso que una de sus tareas era asumir el debate político sobre la opresión de las mujeres y trabajar en el movi-

⁵⁵ La Comisión del PCE en AHPCE, Sección Organizaciones de Mujeres, Caja 117, carp. 12. Algunas de sus actividades en *Mundo Obrero*, n.º 42, 24-11-1976 y *Nuestra Bandera*, n.º 97, enero de 1979. Los objetivos de la estructura de mujeres del MC en *Servir al Pueblo*, n.º 100, 2.ª quincena de abril de 1978. Para la Comisión de la LCR, vid. BPR, Fondo DPP (LCR-Arx.2), caja 14, carp. 4, Informe de la Comisión de Trabajo Mujer, enero de 1978.

⁵⁶ Sender Begué, 2006. Montero, 2014, p. 220-222. Cucó Giner, 2014, p. 224-228. *Boletín Movimiento Comunista*, n.º 38, 10-V-1981.

⁵⁷ En <<http://feministasvalencianas.wordpress.com/isabel-cercenado/>> [19-VI-2016].

⁵⁸ En <<http://feministasvalencianas.wordpress.com/llum-quionero/>> [18-VI-2016].

⁵⁹ SFO, Entrevista a Justa Montero, sf.

⁶⁰ La declaración del PCE en su II Conferencia (*Mundo Obrero*, 4.ª semana de septiembre de 1975). UJCE, 1980, p. 136. Reduce las relaciones entre feminismo y PCE a un interés instrumental del partido por captar apoyos sociales López Hernández, 2011, mientras Moreno Seco, 2015 considera que debe incorporarse al análisis la labor desempeñada por las militantes identificadas con el feminismo.

⁶¹ *Servir al Pueblo*, n.º 100, 2.ª quincena de abril de 1978.

miento feminista⁶². No obstante, en ocasiones existía la percepción de que las declaraciones públicas de incorporación de las ideas feministas no se correspondían con el interés real de las organizaciones y se dieron tensiones por la introducción de cuestiones feministas en los partidos⁶³. Una interpretación abiertamente instrumental de las tesis feministas ofrecía el PCE (m-l) en 1979, pues afirmaba que las «desviaciones» machistas de los camaradas hombres eran «producto de la penetración de la ideología reaccionaria en el seno del Partido», de manera que la lucha por la liberación de las mujeres debía contribuir al aplastamiento de la línea derechista y a fortalecer la proletarianización del partido, además de permitir que las camaradas pudieran dedicarse plenamente a la lucha, incorporar «al torrente revolucionario a una buena parte del más del 50 por 100 de nuestra población» y evitar así que se convirtiera en una reserva de la reacción, y por último competir con corrientes feministas «revisionistas, reformistas y pequeñoburguesas»⁶⁴. Por otra parte, los límites a este trabajo feminista en el PTE quedaron patentes cuando la cúpula dirigente decidió disolver la Asociación Democrática de Mujeres, una organización impulsada por sus militantes pero externa al partido⁶⁵.

En el MC, una de las formaciones en que más peso tuvieron las militantes feministas, estas cuestiones fueron introduciéndose por medio de materiales de debate y discusión, y también mediante encuestas a la militancia, una metodología novedosa con la que se intentaba conocer la situación real de las relaciones de género en el partido y hacer reflexionar a sus militantes. En 1977 la Jove Germania, organización juvenil del MC del País Valenciano, preguntó a las militantes por la existencia o no de una igualdad real en la organización, la detección de actitudes discriminatorias entre camaradas o los problemas que dificultaban el ingreso y el ascenso de las mujeres: «¿Pesas igual las opiniones emitidas por los hombres y las mujeres? A la hora de dar responsabilidades o de llevar trabajos de algún peso ¿crees que condiciona de alguna forma el ser hombre o mu-

⁶² LCR, *Resoluciones del V Congreso*, 1978, pp. 37-41, en <<http://cdn.vientosur.info/Capitulo%206%20PDFs/Doc.%206.10.pdf>> [3-VII-2016].

⁶³ Estas tensiones y desavenencias políticas condujeron a la expulsión del MC de Isabel Morant a mediados de los setenta: <<https://feministasvalencianas.wordpress.com/isabel-morant-elecciones/>> [18-VII-2016]

⁶⁴ PCE (m-l), 1978, p. 96 y 162.

⁶⁵ Wilhelmi, 2016, p. 220.

jer? ¿Ante una responsable mujer crees que los militantes toman la misma actitud que si fuera hombre?»⁶⁶.

Dos años después, la estructura de mujeres del MC pasó una ambiciosa y amplia encuesta tanto a hombres como a mujeres de partido, que permitió concluir que las mujeres cuadros destacaban por ser «vanguardia clara» en estas cuestiones y que los hombres cuadros mantenían una actitud positiva ante ellas y sensibilidad hacia el feminismo, mientras que pervivían actitudes discriminatorias entre los militantes varones⁶⁷. La encuesta abordó tres grandes cuestiones: la situación de las mujeres y el feminismo en el partido, el reparto de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos, y la sexualidad. Nos centraremos ahora en la primera de ellas. La encuesta detectó una menor valoración de las mujeres cuadros y una desconfianza hacia su capacidad y actividades, pues se les exigía más y se criticaban más sus errores que a los hombres dirigentes. Con las militantes sucedía lo mismo, ya que «frente a un camarada una camarada tiene que dar sobradas pruebas de capacidad para ser considerada». Las dificultades de promoción interna de las mujeres se explicaban por esta minusvaloración, por la poca confianza de las propias mujeres en sus capacidades, y por sus dificultades para estudiar y hacer compatible la crianza de los hijos e hijas con la militancia. En términos generales se confirma que existía un cierto reparto sexual del trabajo militante, pues mientras los hombres se centraban en actividades como el servicio de orden o los piquetes, las mujeres tendían a desempeñar labores de secretaría, tareas organizativas, confección de pancartas y banderas o preparación de comidas en actos del partido. Mientras algunas voces opinaban que existía una insuficiente asimilación del feminismo en el partido, otras planteaban que eran una formación «de clara lucha antimachista» y que pocos partidos de izquierda se podían comparar en esto con el MC. En decir, se habían dado avances, aunque con límites.

Un aspecto muy interesante al que también prestó atención la encuesta del MC fue la pervivencia de actitudes machistas y las reacciones de los y las militantes ante las mismas, un interés que denota la importancia concedida a promover la interiorización de los presupuestos igualitarios. En las respuestas se indicaba que la crítica a las pos-

⁶⁶ AM-AME, Documents, Caja 2-D, «MJC-PV. Jove Germania: encuesta 1977», Por desgracia, no se han encontrado los resultados de esta encuesta.

⁶⁷ Se conservan las respuestas de Galicia, del País Valenciano y de Baleares en AD-UA. Subfondo de Llum Quiñonero.

turas machistas resultaba más sencilla entre camaradas que fuera del partido. Aunque algunas militantes reflejaban impotencia o cansancio frente a este tipo de comentarios, en ocasiones se creía necesario mantener la crítica constante y en otras evitar actitudes de censura que condujeran a reacciones de incomprensión. Se preguntó por los esfuerzos en desarrollar entre «las masas» una «labor de educación en este sentido sin caer en comportamientos de secta». Una mujer cuadro señaló que a su juicio había que distinguir entre hombres cuadros a los que no se les podía pasar comentario alguno, hombres de izquierda a los que había que criticar y hombres no ideologizados a los que a veces se podía dejar pasar alguna estupidez. De nuevo afloran las distinciones de género pero también la jerarquía presente en esta formación, marcada por el modelo de partido de vanguardia, y la importancia concedida a la ejemplaridad de los dirigentes. En 1981, se concluía que se había avanzado mucho en ese terreno, pues las reacciones machistas eran minoritarias dentro de la formación⁶⁸. La pervivencia de este tipo de actitudes era propia también de otras formaciones políticas, como recuerda Francisca Sauquillo para la ORT, y era criticada en el interior de la LCR⁶⁹.

En relación con ello, en alguna ocasión la trayectoria política de militantes era puesta en cuestión o desvalorizada con el recurso a argumentos de tipo privado. Por ejemplo, mediante la difusión de rumores sobre las relaciones afectivas o sexuales de alguna joven con dirigentes de mayor edad o las murmuraciones sobre los compañeros de dirigentes jóvenes, como el de Pilar Brabo, que era tildado por otros cuadros de arribista y era denominado «Antón», en recuerdo de la pareja que Dolores Ibárruri tuvo en el exilio, que a su vez había sido conocido maliciosamente como «Godoy»⁷⁰. Comentarios que reflejan las dificultades en aceptar el poder político de las pocas mujeres que llegaron a puestos de representación, y de la imposibilidad de distinguir entre lo público y lo privado.

⁶⁸ *Boletín Movimiento Comunista*, n.º 38, 10-V-1981.

⁶⁹ Entrevista a Francisca Sauquillo, 16-11-2012. ALCR, *Primera Conferencia sobre la Mujer*, Madrid, 1980, p. 17.

⁷⁰ Según se comenta en el blog de Juan Irigoyen, «La exclusión de la memoria histórica de Pilar Brabo» <<http://www.juanirigoyen.es/2015/09/la-exclusion-de-la-memoria-historica-de.html>> [5-V-2016].

2. El compromiso y la vida cotidiana, los afectos y la sexualidad

En los partidos comunistas de los años setenta, la insistencia en la entrega total a la causa revolucionaria o la lucha por la democracia condujo a una exigencia de coherencia absoluta entre ideología y acción, de manera que decisiones vitales como la elección del trabajo o del lugar de residencia fueran aspectos que necesariamente debían ser congruentes con las propuestas teóricas de las formaciones políticas. Se planteaba la necesidad de fundar la nueva sociedad comunista por medio de una nueva moral que rechazara los patrones de vida burgueses. Parafraseando a Oberti, los cuerpos y los afectos se pusieron al servicio de la revolución⁷¹. Además, como ha señalado Kornetis en su estudio sobre los estudiantes progresistas españoles, la estética alternativa y la sexualidad se convirtieron en una codificación de su identidad rebelde y antifranquista⁷².

En muchas ocasiones, las opciones individuales fueron supeditadas a la causa política. Así, era frecuente que en las formaciones de la izquierda comunista la libertad individual fuera subordinada a la libertad colectiva de clase y a la lucha por la liberación de los pueblos⁷³. Por ello, el mundo de las relaciones personales y los afectos era relegado a un segundo orden frente a la urgencia de la acción política en defensa de la clase trabajadora. De hecho, estaba extendida la idea de que los afectos eran una rémora para la militancia y hubo quien afirmó que tener parejas que no eran del partido suponía un freno en la lucha de los militantes, un problema que no solía plantearse si la que militaba era una mujer⁷⁴. Esta exclusión de los afectos conducía a que hubiera «jóvenes muy-muy serios, sosos, terriblemente responsables. “Un hombre de una pieza”, un camarada, el nuevo hombre (¿sin vicios burgueses?)»⁷⁵. Un ascetismo revolucionario, un control sobre el cuerpo que podía llegar a provocar un autocontrol extremo, que reproducía comportamientos de matriz cristiano⁷⁶.

⁷¹ Oberti, 2015, p. 33-36.

⁷² Kornetis, 2015.

⁷³ Ruiz y Romero, 1977, p. 46, 77, 109 y 165.

⁷⁴ AD-UA. Subfondo de Llum Quiñonero, Encuesta del MC de 1979. Para el PCE en la clandestinidad, Pala, 2013, p. 47-49.

⁷⁵ Testimonio de María Antonia García de León, en García de León, 2008, p. 67. Esta insistencia dentro del PCE en la integridad personal y la honestidad en la vida privada no era nueva (Ginard i Féron, 2010, 78-79).

⁷⁶ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 125.

Sin embargo, en otros casos se exigía coherencia entre vida cotidiana y principios para evitar contradicciones y denunciar la doble moral. En este sentido, las jóvenes militantes feministas incorporaron lenguajes y debates nuevos, de forma que además de proclamar la igualdad entre mujeres y hombres, y de aceptar el feminismo como un elemento constitutivo de la revolución socialista, promovieron el debate sobre el reparto del trabajo doméstico, la validez de la pareja, el placer sexual o la homosexualidad. La «revolucionarización» de la militancia en clave feminista confrontó a los y las militantes con las paradojas que afloraban en la vida cotidiana, en la expresión de los afectos y en las prácticas sexuales⁷⁷. Se quería superar experiencias propias de la militancia de años anteriores, como la que relata Paloma González, de la ORT: «Yo me caso con un señor que se supone que estamos en las mismas ideas, y que somos estupendos los dos, y revolucionarios los dos, pero de puertas para adentro la revolución se acaba, y la revolución de dentro no existe»⁷⁸.

Además, la politización de los afectos también fue vivida en un sentido liberador. Por tanto, aunque se ha señalado que el puritanismo estuvo bastante extendido entre el comunismo y el maoísmo, considero que ya en los años setenta las nuevas costumbres desinhibidas y las nuevas forma de abordar el cuerpo fueron difundándose en estas culturas políticas, en especial en la militancia más joven y a medida que avanzaba el tiempo⁷⁹. En el PCE se observa claramente una evolución entre los años sesenta, en que el rigor es mayor y la prioridad absoluta es la lucha política, y los setenta, en que se incorpora al partido una nueva generación, cobran auge nuevos comportamientos y valores, y se concede más importancia a la vida personal, sobre todo entre jóvenes⁸⁰. En 1979 en la II Conferencia de la Liberación de la Mujer del PCE, se planteó la necesidad de repensar los viejos modos de hacer política para introducir nuevos valores vinculados a

⁷⁷ La idea de la «revolucionarización» ideológica de los militantes como autovigilancia ante posibles tendencias burguesas se dio en especial en el maoísmo, como señala Martínez i Muntadas, 2012, p. 155. La «revolucionarización» feminista en *Boletín Movimiento Comunista*, n.º 38, 10-V-1981.

⁷⁸ SFO, Entrevista a Paloma González, 17-III-2007..

⁷⁹ Menciona el puritanismo Kornetis, 2015, p. 187-188, quien además indica que el origen cristiano de la ORT influyó en el especial rigorismo de esta organización.

⁸⁰ Alusiones a los cambios desde el puritanismo a una mayor presencia de nuevas fórmulas afectivas y sexuales en el PCE de los sesenta y las tensiones que produjo, en Domènech Sampere, 2010, p. 126-132. En Italia, el «estilo de vida comunista» de buena parte del siglo XX deja de ser unívoco en los setenta (Albertaino, 2016, p. 378).

lo privado, como la familia, la sexualidad o las relaciones personales⁸¹. El primer congreso de la UJCE, que se definía como revolucionaria y democrática, se celebró en mayo de 1978 en Madrid bajo el lema «Ven con nosotros a cambiar la vida». Uno de los delegados que asistieron al mismo, Alberto Melero, de 14 años, afirmaba que había sido «una experiencia en la que se alternaba la discusión con la juerga, donde se reflejaba una verdadera organización juvenil»⁸². Por las mismas fechas, la JGR defendió en su congreso la búsqueda de nuevas formas de vida y la transformación de las prácticas cotidianas⁸³. Y la OIC poco antes había aprobado unos estatutos en que se aludía a la necesaria fusión entre vida política y privada, pero con un menor control moral que en años anteriores: «el partido no puede obligar a que los militantes renuncien a sus compromisos familiares» ni «puede modificar las situaciones de vida familiar o personal por decisiones de ningún tipo»⁸⁴.

No obstante, la vivencia de nuevas formas de experimentar las relaciones personales y la sexualidad en ocasiones era percibida como una actitud forzada, que obedecía no tanto a sentimientos propios sino a un proyecto de creación de una nueva sociedad. Para Pilar Pérez Fuentes, algunos de sus compañeros del MC aplicaron de manera sesgada el maoísmo cuando discutían sobre sexo sin conceder importancia a las emociones, como parte de un programa de reeducación «artificial y absurdo»⁸⁵. La comunidad emocional creada en torno a la militancia en las células y el partido, donde se compartían sentimientos de rabia ante la injusticia, odio a la dictadura, esperanza en un futuro mejor o miedo a la represión, se acabó convirtiendo en algunos casos en un régimen emocional⁸⁶. Las críticas a las inclinaciones pequeñoburguesas de la militancia no alcanzaban solo las opciones políticas, como se ha visto con anterioridad, sino también los comportamientos cotidianos e incluso los gustos culturales que no se ajustaban al nuevo canon *progre*. Era propio de la cultura juvenil de izquierdas la censura de actitudes individualistas o de demandas relacionadas con la vida personal, como no dedicar todo el tiempo libre

⁸¹ *Nuestra Bandera*, n.º 97, enero de 1979.

⁸² UJCE, 1980, p. 11.

⁸³ Wilhelmi, 2016, p. 215.

⁸⁴ Cit. por Sans Molas, 2016, p. 12.

⁸⁵ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 124.

⁸⁶ A partir de los conceptos acuñados por Rosenwein, 2007 y Reddy, 2001. La influencia de emociones similares en militantes anarquistas en Romanos, 2011.

a la militancia, disfrutar de algunas comodidades o plantear exigencias amorosas que podían poner «en tela de juicio el nivel de compromiso militante con la revolución»⁸⁷. Existían códigos interiorizados y comentarios sancionadores, si bien parece que en España no se llegó a castigar oficialmente a la militancia por comportamientos personales considerados pequeñoburgueses. En cualquier caso, este estrecho control sobre la militancia desde posiciones que negaban los afectos acababa reproduciendo en cierta forma las lógicas de la sociedad burguesa que decían combatir⁸⁸.

En este sentido, entre los y las estudiantes de clase media y alta, la «proletarización» como opción de vida coherente con sus ideales revolucionarios provocaba conflictos y tensiones personales. La politización creciente y el ingreso en las formaciones políticas significaba una ruptura con la familia, que a veces era vivida con auténtica angustia: «siempre me acompañó la mala conciencia de ser de una familia de derechas, una familia de dinero, y me sentía una burguesita. Y los maoístas conseguían que gente como yo nos sintiésemos una auténtica mierda»⁸⁹. Entre jóvenes de medios obreros, la militancia podía suponer una mayor continuidad respecto a sus orígenes familiares⁹⁰. En el caso de las mujeres, con frecuencia existía un rechazo del modelo de domesticidad que encarnaban las madres. Martínez insiste en que el ingreso de mujeres jóvenes en organizaciones clandestinas obedecía a la radicalización de sus ideas, frente a la imagen extendida de que lo hacían por subordinación a sus novios⁹¹. De hecho, en una encuesta realizada por *Mundo Obrero*, las militantes que aludían a su incorporación al PCE por motivos políticos eran las más jóvenes⁹².

Las y los militantes estudiantiles que decidían entrar a trabajar en talleres y fábricas, e ir a vivir a barrios obreros, encontraban un terreno más reactivo de lo que habían imaginado a las transformaciones políticas y cotidianas. Para pasar desapercibidas y poder desarrollar su tarea proselitista, las parejas reproducían relaciones de convivencia tradicionales, que en-

⁸⁷ Andújar, 2009, p. 160-161.

⁸⁸ Oberti, 2015, p. 160-163.

⁸⁹ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 127.

⁹⁰ Doménech Sampere, 2010, p. 110-113.

⁹¹ Martínez, 2015, p. 186. Por otra parte, como señala Yusta, 2015, la influencia de los afectos en la incorporación a la militancia, cuando se da, es tan propia de los hombres como de las mujeres.

⁹² *Mundo Obrero*, n.º 15, 10-VI-1977.

traban en contradicción con las prácticas afectivas y cotidianas que había mantenido antes⁹³. Por otro lado, dentro del partido, el contacto intenso entre estudiantes y militantes que procedían del mundo del trabajo hizo que las nuevas costumbres y gustos juveniles fueran extendiéndose entre los y las últimas.

Ante las carencias culturales de la formación recibida y debido a la intensa politización de esta juventud comprometida, el interés cultural era elevado. Determinadas lecturas, películas y opciones musicales se convertían en elementos identitarios. Los clubes juveniles parroquiales, algunas librerías, los cine-clubs o los pisos compartidos o de matrimonios de militantes jóvenes eran espacios de sociabilidad donde discutir textos de teoría marxista o de economía, intercambiar revistas políticas y contraculturales, conocer la filmografía de Bergman o Passolini y escuchar música de la *nova cançó* catalana entre carteles del Che o reproducciones del *Guernica*⁹⁴. Otros productos culturales, como la literatura o la cultura clásicas a veces eran tachadas de reaccionarias o pequeño-burguesas.

Un elemento que asimismo caracterizaba en la vida cotidiana a la militancia comunista y radical era el aspecto físico. El peinado y la ropa definían a la juventud *progre* por medio del cabello largo suelto, los vaqueros o las botas, que contrastaban con las corbatas, el maquillaje, las faldas y los tacones de jóvenes más convencionales. Como recuerda Isabel Morant, universitaria en los setenta:

«en la universidad llegaría la ruptura; me lié con un chico que llevaba los pelos largos, que hablaba de política continuamente... Y cambié de ropa, las faldas a lo “hippie”, las zapatillas, los capazos esos que llevábamos, nada de peluquería, nada de pintura... (...) Recuerdo muy bien aquel tránsito, pasar de ser una señorita que vestía formalmente —estilo años cincuenta-sesenta—, a ser una chica *progre* de ciudad que va a la universidad y además se comporta poco convencionalmente. No tenía ya un novio convencional, tenía amigos, empezaba a pensar que no pasaba nada si tenía ciertas infidelidades... Hubo todo un cambio.»⁹⁵

⁹³ Varo Moral, 2014, p. 109-110. Rodríguez Tejada, 2009, vol. II, p. 399-400.

⁹⁴ Sobre los gustos musicales y culturales en el movimiento estudiantil y su contribución a la identidad contestataria y política, Rodríguez Tejada, 2009, vol. II, p. 227-236 y 240-244.

⁹⁵ Testimonio de Isabel Morant, en García de León, 2008, p. 106.

La identificación de una determinada vestimenta con opciones políticas progresistas hizo que cuando las jóvenes comunistas llevaban a cabo acciones políticas clandestinas recurrieran a un aspecto más ajustado a los patrones normativos de feminidad. Así, la militante del PTE Pilar Aguilar volvió a adoptar un aspecto tradicional cuando asumió tareas de propaganda en el partido, sustituyendo los vaqueros y las sandalias por la falda y los zapatos, y dejándose crecer una media melena «bien peinada y domesticada. (...) Me transformé en una buena chica, lo más anodina posible»⁹⁶. En general, el rechazo al consumo de drogas era mayoritario, aunque había una mayor aceptación en las organizaciones juveniles⁹⁷. Por otro lado, las militantes se incorporaron a hábitos hasta ese momento considerados masculinos, como el tabaco o el recurso a expresiones malsonantes, que trasgredían los límites de la norma de decencia femenina que habían aprendido de niñas.

La masculinización de la apariencia y del comportamiento de las mujeres en contextos políticos y sindicales ha sido interpretada como una estrategia para obtener reconocimiento⁹⁸. Algunas líderes comunistas mostraban un trato distante, como Pilar Brabo, que vestía con frecuencia vaqueros, fumaba y era percibida como una «monja alférez»⁹⁹. Por el contrario, de Pina López Gay, secretaria general de la JGR, miembro del comité ejecutivo del PTE y candidata por Madrid en las elecciones de 1979, se destacaba su belleza; fue agredida por varios individuos al parecer de la ultraderecha, que le causaron heridas en el rostro, diciendo: «¿Así que tú eres la revolucionaria guapa de los carteles? Pues ahora verás cómo te cambiamos la cara»¹⁰⁰.

Esta juventud comprometida y militante se replanteó la manera de abordar las relaciones de pareja. En términos generales, se extendió un rechazo teórico a la familia, entendida por influencia del feminismo como una institución patriarcal y burguesa, llamada a desaparecer con el triunfo de la revolución. Por contraste con lo que sucedió en países como Argentina, donde diversas formaciones políticas armadas desarrollaron una férrea defensa de la «familia revolucionaria» como núcleo de la futura sociedad socialista, o como Grecia, donde los parti-

⁹⁶ Aguilar Carrasco, 2014, p. 211.

⁹⁷ AD-UA, Entrevista a Silvia Ramírez Pacheco, 13-X-1993.

⁹⁸ Varo Moral, 2014, p. 114-115.

⁹⁹ Testimonio de María Antonia García de León, en García de León, 2008, p. 62.

¹⁰⁰ *El País*, 27 y 28-II-1979.

dos comunistas prosoviéticos defendían la familia como institución tradicional contrapuesta a las costumbres norteamericanas¹⁰¹, en España la izquierda radical denostaba la familia como residuo franquista y capitalista, según expresaban los dirigentes de la LCR, el MC y OCE en 1977¹⁰². No obstante, los representantes del PTE y la ORT se mostraban menos categóricos: Eladio García creía que mientras llegara el socialismo la familia era una institución necesaria y Manuel Guedán afirmaba que, al igual que en China, en el socialismo la familia continuará: «La familia entendida como una forma de organización social tiene un papel en el socialismo y puede ser el vehículo que desarrolle las relaciones humanas no necesariamente de una forma opresiva»¹⁰³. Por su parte, las juventudes del PCE reclamaban «la superación de la actual familia patriarcal, autoritaria e indisoluble», reproductora de la ideología y los hábitos del sistema capitalista, y saludaban

«el movimiento creciente de “comunidades” que si bien hoy no pueden entenderse como reales alternativas a la institución familiar (...), reconocemos su contenido creativo y su fuerza como escuela de convivencia, solidaridad, libertad y respeto, es decir, como escuela de unas relaciones humanas que desde ahora, ya estamos intentando forjar, aunque sólo en el Socialismo encontrarán su crisol adecuado»¹⁰⁴.

Pero más allá de estos planteamientos teóricos, el matrimonio a edades muy tempranas podía convertirse en una estrategia de emancipación del hogar paterno. En ocasiones, eran decisiones personales y de pareja, pero que también se compartían en las células del partido si se consideraba que formaba parte de una decisión política para protegerse frente a una posible acción represiva de las autoridades. A veces estas uniones suponían una maternidad antes de alcanzar la estabilidad laboral; en otros casos la opción de no tener descendencia fue clara, con el recurso al aborto en el caso de embarazos no deseados. En los partidos comunistas españoles la maternidad era un aspecto secundario, lejos de lo que sucedía en ETA, donde el discurso oficial incitaba a las militantes a ser madres

¹⁰¹ Oberti, 2015, p. 39-42. Papadogiannis, 2011.

¹⁰² Ruiz y Romero, 1977, p. 33, 49 y 65.

¹⁰³ Ruiz y Romero, 1977, p. 97 y 151. Sobre la fascinación de la ORT por la China maoísta, Treglia, 2013, p. 49-50.

¹⁰⁴ UJCE, 1980, p. 137-138.

para la patria vasca o la futura sociedad revolucionaria¹⁰⁵. Natalia Calamai, del PCE, reclamaba en 1977 oponer a la moral burguesa una moral nueva, un cambio que suponía, a su juicio, la distinción entre sexualidad y procreación¹⁰⁶. En el PTE se llegó a proponer en reuniones de las células que algunos matrimonios de militantes tuvieran hijos¹⁰⁷, pero en términos generales el recurso a métodos anticonceptivos estaba extendido en la militancia juvenil de la izquierda comunista española.

La formación de parejas entre militantes era bastante frecuente, debido a la intensa vida política que reclamaba la lucha, que dejaba poco espacio a otros ámbitos de sociabilidad. Además, como señala Andújar, «las “sintonías” afectivas nacían también porque había otras “sintonías” (las políticas)»¹⁰⁸. De hecho, el lenguaje refleja esta imbricación entre afectos y militancia, no se hablaba de «novio/novia» o «marido/esposa» sino de «compañero/compañera», que tenía el doble significado de vínculo afectivo-sexual y político¹⁰⁹. El funcionamiento de estas parejas se regía en teoría por principios igualitarios. En el PCE, mientras las militantes de los años sesenta vieron mermada su carrera política por sus obligaciones familiares, en la década siguiente las parejas jóvenes solían funcionar de manera más equitativa y cuando no sucedía las que eran madres contaban con redes familiares que les permitían continuar su militancia¹¹⁰. La UJCE se definía en 1978 en favor de una familia donde existiera la igualdad entre mujeres y hombres, pero también entre padres e hijos, en que las tareas domésticas y las responsabilidades de la crianza estuvieran compartidas¹¹¹. En la LCR se propició una reflexión de la militancia en torno al funcionamiento de las relaciones de pareja y el reparto de responsabilidades domésticas y familiares¹¹². También en el MC, mediante la encuesta realizada en 1979. En dicha consulta se dedicó una tercera parte de las preguntas a estas cuestiones. Además se invitaba a educar a hijas e hijos en condiciones de igualdad: «¿Te esfuerzas por combatir los patrones ma-

¹⁰⁵ Aunque no siempre la experiencia de las militantes de ETA se ajustaba a estos discursos, paradojas que se incrementaban con el ejercicio de la violencia (Hamilton, 2007).

¹⁰⁶ *Nuestra Bandera*, n.º 88-89, julio-agosto de 1977.

¹⁰⁷ Conversación con Inmaculada Fernández Arrillaga, 7-IX-2016.

¹⁰⁸ Andújar, 2009, p. 161.

¹⁰⁹ Vassallo, 2009, p. 26.

¹¹⁰ Entrevistas a Cita Reig Cruaños, 13-VI-2006 y Rosalía Sanjuán Ayelo, 01-II-2013.

¹¹¹ UJCE, 1980, p. 275.

¹¹² LCR, *Resoluciones del V Congreso*, 1978, pp. 37-41, en <<http://cdn.vientosur.info/Capitulo%206%20PDFs/Doc.%206.10.pdf>> [3-VII-2016].

chistas tradicionales en la educación de tu o tus hijos?»¹¹³. El propio planteamiento de la encuesta demuestra que, a pesar de los avances alcanzados respecto a situaciones más conservadoras, la construcción de parejas revolucionarias fundadas en valores nuevos no era tan sencilla en la práctica, y muchos hábitos tradicionales pervivieron.

El terreno en el que probablemente más cambios se dieron fue el de la sexualidad. Frente a la imagen de una revolución sexual ampliamente extendida y liberadora, cabe recordar con Papadogiannis que es preferible hablar de transformaciones múltiples y contradictorias, en función de diferencias ideológicas, de clase y de género¹¹⁴. Si este autor detecta disparidades entre organizaciones juveniles eurocomunistas y prosoviéticas en Grecia, en España cabe distinguir entre las juventudes eurocomunistas del PCE, la trotskista LCR y el ex-maoísta MC, frente a las posiciones más tradicionales de los maoístas PTE y ORT. Sin olvidar, por supuesto, que podía existir una distancia entre las directrices del partido o las declaraciones públicas de sus representantes, y las prácticas de sus militantes más jóvenes. Este autor también señala la existencia de matices entre militantes de origen obrero y estudiantes, quienes abrazaron con anterioridad las nuevas costumbres sexuales. En tercer lugar, Papadogiannis subraya que aunque a lo largo de los años setenta se difundieron las relaciones de tipo alternativo, las jerarquías de género seguían presentes, pues las relaciones sexuales inestables prestigiaban a los dirigentes varones mientras perjudicaban a las militantes y mujeres dirigentes.

En este sentido, en el tardofranquismo y los primeros años de la Transición, el PCE se preocupó por mostrar una imagen de moderación que reproducía planteamientos anteriores y que intentaba contrarrestar los discursos de las autoridades franquistas¹¹⁵. No es de extrañar que en el PCE se promocionara la imagen pública de mujeres que encajaban con el arquetipo de mujer trabajadora, madura y responsable: «no querían que hubiese ningún elemento que pudiese significar en los códigos de entonces referencia de revolución sobre comportamientos privados, sexuales, sus programas tenían que ser programas serios, liberados de emoción de alguna manera y de pulsiones, un modelo obrerista que se alejaba de las

¹¹³ AD-UA. Subfondo de Llum Quinóner, Encuesta del MC de 1979.

¹¹⁴ Nikolaos Papadogiannis, 2011. Vid. también Papadogiannis, 2015a.

¹¹⁵ Como botón de muestra, la joven Silvia Ramírez recuerda que unos policías le recomendaron que se alejara de los comunistas, porque predicaban el amor libre (AD-UA, Entrevista a Silvia Ramírez Pacheco, 13-X-1993).

mujeres que estábamos en ese momento en la vanguardia de la lucha antifranquista»¹¹⁶. Una moderación que se reflejó en las propuestas de las primeras campañas electorales, en contraste con aquellas del MC o la LCR, que recogieron la despenalización del aborto, el derecho al placer y al control del propio cuerpo o el derecho al libre desarrollo de la sexualidad, aspectos que fueron incorporándose en la tarea política del PCE con el tiempo¹¹⁷.

En 1978, la UJCE reclamaba una auténtica liberación sexual, concebida como acto de placer y de comunicación que rechazara las dualidades sexo-maternidad y sexo-matrimonio; proponía también «la necesidad de una oposición sexual al capitalismo, pero esta oposición sólo se puede dar en el contexto de una lucha política, ya que la persona no será libre en la sociedad que propugna, sin estar sexualmente liberada»¹¹⁸. Por su parte, en la misma fecha el MC definía la sexualidad como una relación libre entre personas libres y en 1979 amplios sectores de la militancia consideraban que el partido debía prestar más atención a esta cuestión¹¹⁹. Las organizaciones juveniles de los partidos de la izquierda radical incluyeron la liberación sexual a su catálogo de demandas junto con mejoras en la educación y en las condiciones laborales o una rebaja en la edad del voto¹²⁰.

La trasgresión de tabúes como la virginidad o la fidelidad, bastante extendida, formaba parte de la construcción identitaria del y de la militante. Las juventudes del PCE denunciaban que en este terreno las mujeres jóvenes se enfrentaban a dificultades añadidas:

«Esta problemática se manifiesta especialmente sobre la cuestión de la doble moral que se manifiesta tanto en la familia y en la edu-

¹¹⁶ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 134.

¹¹⁷ Una crítica de Amparo Rubial a dicha moderación de los programas del PCE en *Mundo Obrero*, n.º 59, 27-I-1979. No obstante, las diputadas del PCE presentaron proposiciones de ley en demanda de la amnistía por los delitos «femeninos», el divorcio y la despenalización del aborto (*Mundo Obrero*, n.º 31, 03-VIII-1977; n.º 5, 2 al 08-II-1978; n.º 21, 18 al 24-V-1978; n.º 76, 22 a 28-V-1980). Reivindicaciones feministas de la LCR y el MC en *El País*, 11-III-1979. Vid. también ORT, sf.

¹¹⁸ UJCE, 1980, p. 133.

¹¹⁹ MC, 1978; AD-UA. Subfondo de Llum Quiñonero, Encuesta del MC de 1979. No obstante, en años anteriores existía un cierto puritanismo en el MC en ese ámbito, mayor que en la organización juvenil (AD-UA, Entrevista a Silvia Ramírez Pacheco, 13-X-1993).

¹²⁰ Como defendía Lola Albiac (en MC-OIC, 1979, p. 47-51). Entrevista a Pina López Gay en *El País*, 19-VIII-1977.

cación, como en la sexualidad. En la familia porque existe un control y una subordinación más elevados y porque la diferenciación entre los papeles masculino y femenino se aprenden desde la infancia y de forma práctica en el seno de la familia. En la sexualidad, porque la virginidad es el único patrimonio social y porque el cuerpo es sólo un objeto al que se admira, por encima de todo su belleza, y al que se le niega toda posibilidad de inteligencia. En la educación porque tratan de inculcar a las chicas los sentimientos de dulzura y sumisión para que cuando salgan de la escuela se encuentren en condiciones de ser esposas y madres.»¹²¹

Si bien en otros lugares la fidelidad era un valor realzado por las organizaciones revolucionarias, un mandato moral y político cuya desobediencia podía ser motivo de sanción política, en España parece que existía mayor margen de decisión del individuo y de las parejas, hasta el punto de que las relaciones libres podían convertirse en una opción bien valorada¹²². Aunque fuera más en la teoría que en la práctica, estos discursos revelan cambios destacados. José M.^a Mendiluce, dirigente de la LCR, se mostraba abierto a este tipo de relaciones: «Mi compañera, si soy realmente consecuente, no es mía, y puede hacer lo que quiera con su vida sexual como en el resto de sus relaciones. Por supuesto, aceptaría que ella mantuviera contactos con quien quisiera o con cuantos quisiera». En un sentido parecido se expresaron Eugenio del Río, del MC, o Domènec Font, de la OCE. Por el contrario, Eladio García, del PTE, era partidario de la fidelidad en la pareja¹²³.

No obstante, estas nuevas fórmulas de convivencia no siempre eran vividas de forma liberadora. En la encuesta del MC de 1979, las respuestas ante la relación de pareja estable arrojaban un panorama de «desorientación, divergencias y contradicciones varias al respecto»; mientras algunas mujeres dirigentes reconocían que habían moderado sus posiciones contra las parejas estables, algún hombre acusaba al partido de ligereza en esta cuestión¹²⁴.

¹²¹ UJCE, 1980, p. 134.

¹²² Se dieron casos de sanciones oficiales en organizaciones maoístas portuguesas (Cardina, 2013, p. 132) y en movimientos armados argentinos (por ejemplo, Andújar, 2009, p. 166-167 o Martínez, 2015, p. 118-123).

¹²³ Ruiz y Romero, 1977, p. 46, 60, 77 y 164.

¹²⁴ AD-UA. Subfondo de Llum Quíñonero, Encuesta del MC de 1979.

Por otra parte, en el PCE, la irrupción de estas nuevas costumbres juveniles afectó a la generación anterior. El trato entre militantes adultos y casados, cuyas esposas no desarrollaban un compromiso tan intenso, y jóvenes comprometidas con la causa política y liberadas sexualmente, provocó en ocasiones tensiones en los matrimonios¹²⁵. Algo similar sucedió en el MC, aunque la diferencia de edad no era destacada, por las distintas maneras de abordar las relaciones de género entre las feministas del partido y las esposas de los camaradas que no eran militantes¹²⁶. En la LCR y el MC se cuestionaron prácticas sexuales como la penetración y se debatió sobre el placer sexual; en la encuesta de 1979 del MC, se preguntó: «En las formas concretas en que desarrollas tus relaciones sexuales, ¿crees que la otra persona encuentra la misma satisfacción que tú? (Se sobreentiende que lo que se busca es saber la actitud, preocupación por el prójimo-a que hay en la respuesta)»; las respuestas revelan experiencias positivas, aunque también malestar entre mujeres que sentían menos satisfacción que sus parejas y entre hombres incómodos con la no penetración. Una vez más, se observa una tensión entre el discurso igualitario que denuncia el uso consumista y capitalista del cuerpo de las mujeres por medio de una pretendida revolución sexual, y la realidad¹²⁷.

Aunque la izquierda revolucionaria acabó incorporando las reivindicaciones del movimiento LGTB, «no sin resistencias» según Wilhelmi, la homosexualidad fue interpretada de manera diversa¹²⁸. De nuevo afloran las diferencias entre la LCR, el MC y la OCE, que la interpretaban como una opción afectiva más, y el PTE y la ORT, donde se expresaba un rechazo abierto a la misma. Así, Mendiluce afirmaba en 1977 que «la homosexualidad es una forma de entender las relaciones sexuales absolutamente lícita. En la sociedad actual está tremendamente reprimida, por lo que puede adoptar en algunos casos formas más o menos distorsionadas respecto a lo que podrían ser en una sociedad libre», al igual que sucedía a su juicio en las relaciones heterosexuales¹²⁹. De hecho, en las resoluciones del congreso de 1978 del MC se aludía a la homosexualidad como opción afectiva, opinión que parece era respaldada por buena parte de la militancia. Sin embargo, no siempre los militantes homosexuales del MC se atre-

¹²⁵ Testimonio de Pilar Pérez Fuentes, en García de León, 2008, p. 151.

¹²⁶ En <<http://feministasvalencianas.wordpress.com/llum-quinonero/>> [18-VI-2016].

¹²⁷ También en Argentina, Vassallo, 2009, p. 26.

¹²⁸ Wilhemi, 2016, p. 81.

¹²⁹ Ruiz y Romero, 1977, p. 45.

vieron a plantear su identidad sexual en el partido, por miedo a ser etiquetados o a la reacción de sus compañeras¹³⁰. Por su parte, Domènec Font, de la OCE, creía que la homosexualidad no podía ser un estigma y criticaba que «la sexualidad ha sido también un arma al servicio de la clase dominante», quien definía lo que consideraba desviaciones. Por el contrario, Manuel Guedán y Eladio García tildaban la homosexualidad de alteración, degeneración, fenómeno no natural, achacable a una «deformación educativa, psicológica o física» o a razones «económicas, capitalistas»¹³¹. Al parecer, hubo casos de homosexuales militantes de la izquierda radical que se casaron para procurar corregir una opción sexual que era considerada burguesa¹³². El PCE defendió en su IX Congreso, de 1978, que era «inalienable el derecho de la persona a la elección sexual no mediatizada por exigencias represivas de la legislación actual, y a una afectividad libremente elegida», mientras en las mismas fechas su organización juvenil defendía la derogación de la ley de peligrosidad social, manifestaba su apoyo a los «grupos de liberación gay» y recomendaba la militancia de jóvenes homosexuales comunistas en ellos¹³³.

Las rupturas familiares, las decisiones arriesgadas y estas nuevas experiencias muchas veces tuvieron un coste emocional, con situaciones de tensión interior, desencuentro o desamparo. En palabras de Isabel Morant:

«Hay quien se dejó parte de la vida sin darse cuenta, porque no éramos conscientes de lo peligroso que podía ser hacer oposición en la clandestinidad. Había gente que dejó la carrera para proletarizarse y a otra gente un mal día le daban una paliza, etc. Por otro lado, nos creíamos muy modernos y creíamos vivir con libertad, pero las cosas nos excedían; cuántas chicas se quedaron embarazadas y no sabían qué hacer»¹³⁴.

¹³⁰ MC, 1978. En la encuesta de 1979, una amplísima mayoría apoyaba la opinión del partido (AD-UA. Subfondo de Llum Quiñero, Encuesta del MC de 1979). Críticas a la pervivencia de prejuicios contra la homosexualidad entre camaradas en *Combate*, 26-X-1977 y 12-I-1978.

¹³¹ Ruiz y Romero, 1977, p. 108 y 164. Galván recoge exclusivamente los juicios negativos, que atribuye la pervivencia de prejuicios y al miedo a perder apoyo social (2013, p. 140-141).

¹³² Rodríguez Tejada, 2009, vol. II, p. 399.

¹³³ *Nuestra Bandera*, n.º 93, mayo-junio de 1978 y UJCE, 1980, p. 141.

¹³⁴ Testimonio de Isabel Morant, en García de León, 2008, p. 120.

A juicio de Kornetis, la nueva estética y las nuevas costumbres de esta juventud progresista fueron extendiéndose y normalizándose, de manera que contribuyeron a la modernización de la sociedad, aunque de forma paralela perdieron su contenido político con la consolidación de la Transición¹³⁵. En el seno de los partidos, ya avanzados los setenta, estas nuevas formas de abordar los afectos y las relaciones personales propias de la militancia juvenil adquirieron tal importancia que algunas formaciones temían que el objetivo político estuviera siendo sustituido por las actitudes vitales. La Jove Germania intentó orientar a la militancia para recuperar las posiciones revolucionarias y abandonar los elementos de la «ideología pequeño-burguesa liberal» que advertía en sus militantes. En un documento interno de la organización se insistía en la complejidad del tema, en la libertad de elección y en el «respeto y comprensión con aquellos aspectos peculiares de la vida de cada cual», con el objetivo de evitar imposiciones y enfrentamientos en la organización. Se advertía tanto contra el desprecio de todo lo tradicional y como contra el seguidismo de todo lo nuevo, señalando como ejemplos la imposición de las relaciones homosexuales sobre las heterosexuales, o las relaciones en comuna sobre las de pareja: «El problema de la liberación de la juventud no supone que mientras se sea joven se disfrute de la vida, sino una lucha contra las estructuras capitalistas de la sociedad». También se criticaba «la actitud escapista y de autojustificación que se da en algunos ambientes de vanguardia. En estos ambientes, la experimentación de nuevas sensaciones —juergas, porros, relaciones sexuales nuevas, el rollo y el «pasar de todo»— contrarresta la mala conciencia que crea el no saber o el no querer dar solución a los problemas»¹³⁶. En un sentido parecido pero desde un planteamiento más general, la UJCE denunciaba los mecanismos de control de la juventud por parte de la burguesía por medio de valores como el individualismo, la competitividad o el consumismo, y de lo que denominaba válvulas de escape como las drogas. En su congreso de 1978, el informe del secretariado político saliente advertía: «Hemos de demostrar que lo revolucionario no quita lo cachondo, pero también que no solo de cachondeo se hace la revolución»¹³⁷.

¹³⁵ Kornetis, 2015, p. 189 y 193. La extensión de actitudes abiertas en el terreno de la sexualidad en la juventud española, en Velarde, 1994, p. 121-125.

¹³⁶ AM-AME, Documents, Caja 2-E, «Estilo de vida militante», sf.

¹³⁷ UJCE, 1980, p. 29 y 101.

3. Conclusiones

En los años setenta, se extendió una cultura juvenil muy politizada y de carácter transnacional. Con importantes diferencias ideológicas, en contextos democráticos, represivos o de transición política, la juventud comunista occidental compartió el convencimiento de que era posible construir una nueva sociedad más justa e igualitaria. En una época de auge de una contracultura que valoraba los afectos y cuestionaba los patrones de comportamiento de la generación anterior, la presencia destacada de mujeres en la militancia comunista ayudó a borrar las fronteras entre lo público y lo privado. En España, la influencia del feminismo fue decisiva en las jóvenes de procedencia universitaria, quienes fueron descubriendo las contradicciones ideológicas y de funcionamiento de sus partidos y la falta de coherencia de sus compañeros. Al asumir los planteamientos feministas, contribuyeron a difundir valores igualitarios, no solo en los discursos y programas, sino también en comportamientos personales.

Los partidos comunistas incorporaron, con distinto ritmo e intensidad, el discurso feminista en sus documentos oficiales, e incluso a veces en su lenguaje, en especial en el PCE, la LCR y el MC. El afianzamiento del régimen democrático a partir de 1975 permitió introducir nuevas propuestas y ampliar las prioridades políticas introduciendo demandas igualitarias, en un momento de auge del movimiento feminista. Pero las contradicciones afloraban en la práctica, circunstancia que fue muy criticada por algunas de sus militantes y por el feminismo radical, que consideraba que las formaciones políticas eran estructuras patriarcales de poder. Por tanto, el alcance de los cambios que propugnaban estas jóvenes no fue completo ni estuvo exento de tensiones y contradicciones, pero supuso un avance tanto respecto a la cultura política comunista tradicional en el PCE como a la reproducción de comportamientos convencionales en la izquierda radical.

Si bien la izquierda comunista obtuvo limitados resultados electorales en la Transición, y aunque su modelo de sociedad distaba del implantado en 1978, la juventud comunista contribuyó a transformar sus culturas políticas, construir una cultura democrática en el país con su participación en movilizaciones y debates públicos, y difundir unas relaciones personales y afectivas liberadoras e igualitarias.

Desde luego, todos estos planteamientos, discusiones y experiencias trasgresoras transformaron la juventud comunista española de los setenta.

Cambios que tuvieron distintos alcances en función del género: «Mis compañeros hicieron eso: se politizaron y sexualmente se abrieron. Nosotras nos politizamos, sexualmente nos abrimos y rompimos con los estereotipos femeninos...»¹³⁸. Surgió una nueva identidad militante femenina, que también era feminista. Además, estas jóvenes comunistas cuestionaron las bases de la masculinidad tradicional, al reclamar la igualdad de oportunidades en las tareas militantes, la corresponsabilidad de la crianza y las tareas domésticas, o el derecho al placer sexual en clave igualitaria. Aunque hubo resistencias y tensiones, muchos camaradas fueron interiorizando algunas de estas demandas.

Fuentes

AD-UA: Archivo de la Democracia-Universidad de Alicante
 AHPCE: Archivo Histórico del PCE, Madrid
 ALCR: Archivo de la LCR, Madrid
 AM-AME: Arxiu de la Memòria-Archivo Municipal de Elche
 AORT: Archivo de la ORT-UJM <<http://ort-ujm.es/main/>>
 APTE: Archivo del PTE: <www.pte-jgre.com>
 BPR: Biblioteca del Pavelló de la República, Barcelona
 SFO: Seminario de Fuentes Orales, Madrid

Bibliografía

- ABAD BUIL, Irene «Reivindicaciones y movilizaciones femeninas desde el PCE durante el segundo franquismo», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, 2010, p. 231-252.
- AGUILAR CARRASCO, Pilar, *No quise bailar lo que tocaban*, Almud, Toledo, 2014.
- ALBELTARO, Marco, «Cultura política, estilos de vida y dimensión existencial. El caso de los comunistas italianos», en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.), *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Tirant Humanidades, Valencia, 2016, p. 363-378.
- ANDÚJAR, Andrea, «El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll», en ANDÚJAR, An-

¹³⁸ Testimonio de Isabel Morant, en García de León, 2008, p. 111.

- drea, et al. (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Luxemburg, Buenos Aires, 2009, p. 149-170.
- ARBAIZA, Mercedes, «Obreras, amas de casa y mujeres liberadas. Trabajo, género e identidad obrera en España», en NASH, Mary (ed.), *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, Alianza, Madrid, 2014, p. 129-157.
- ARRIERO RANZ, Francisco, *El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo*, La Catarata, Madrid, 2016.
- BALSEBRE, Armand y FONTOVA, Rosario, *Las cartas de La Pirenaica. Memoria del antifranquismo*, Cátedra, Madrid, 2014.
- BARRANQUERO TEXEIRA, Encarnación, «Ángeles o demonios: representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», *Arenal*, vol. 19, n.º 1, 2012, p. 75-102.
- BERGES, Karine y YUSTA RODRIGO, Mercedes, «Femmes et politique, le genre et l'engagement», en BERGES, Karine et al. (dirs), *Résistantes, militantes, citoyennes. L'engagement politique des femmes au xxe et xxie siècles*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2015, p. 7-15.
- BORDERÍAS, Cristina et al., «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático. La militancia femenina en las CC.OO. de Cataluña durante el franquismo», *Historia Contemporánea*, n.º 26, 2003, p. 161-206.
- CABRERO BLANCO, Claudia, «Militancia, resistencia y solidaridad. Las mujeres comunistas y la lucha clandestina del primer franquismo», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, 2010, p. 205-229.
- CARDINA, Miguel, «Génesis, estructuración e identidad del fenómeno maoísta en Portugal (1964-1974)», *Ayer*, n.º 92, 2013, p. 123-146.
- CARMONA PASCUAL, Pablo César, «Libertarias y contraculturales. El asalto a la sociedad disciplinaria. Entre Madrid y Barcelona», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2012.
- CRUZ CHAMIZO, Laura, «La influencia del feminismo en el ideal del militante comunista en la transición a la democracia (1975-1982)», comunicación presentada al IX Encuentro de Investigadores del Franquismo. 80 años de la Guerra Civil española, Granada, 10 y 11 de marzo de 2016. Disponible en <<http://transicionyruptura.info/?p=548>>. [26-VI-2016].
- CUCÓ I GINER, Josepa, «Recuperando una memoria en la penumbra: el Movimiento Comunista y las transformaciones de la extrema izquierda española», *Historia y Política*, n.º 20, 2008, p. 73-96.
- CUCÓ GINER, Josepa, «Transhumancias feministas y translocaciones políticas. Los desarrollos de un feminismo que se reivindica radical y otro», *Éndoxa*, n.º 33, 2014, p. 219-253.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*, Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

- DOMÉNECH SAMPERE, Xavier, *Temps d'interseccions. La Joventut comunista de Catalunya (1970-1980)*, Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia, Barcelona, 2008.
- DOMÉNECH SAMPERE, Xavier, «Cenizas que ardían todavía. La identidad comunista en el tardofranquismo y la transición», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, 2010, p. 93-138.
- DUBOIS, Mathieu, *Génération politique. Les «années 68» dans les jeunesses des partis politiques en France et en RFA*, PUPS, París, 2014.
- ERICE SEBARES, Francisco, «Mujeres comunistas. La militancia femenina en el comunismo asturiano, de los orígenes al final del franquismo», en ERICE, Francisco (coord.), *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, Trea, Oviedo, 1996, p. 313-344.
- ERICE SEBARES, Francisco, «El “orgullo de ser comunista”. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, 2010, p. 139-183.
- ESCUADERO ANDÚJAR, Fuensanta y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen, «Jóvenes y rebeldes: el idealismo efímero de la extrema izquierda», en *V Congreso Internacional Historia de la Transición en España. Las organizaciones políticas*, Almería, 2011, p. 507-534.
- FEIXA, Carles, «Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 4, n.º 2, 2006 <<http://revistaumanizales.cinde.org.co/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/394>> [12-VII-2016]
- FRAZIER, Lessie Jo y COHEN, Deborah (eds.), *Gender and Sexuality in 1968. Transformative Politics in the Cultural Imagination*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2009.
- GALVÁN, Valetín, «La influencia de Michel Foucault en los movimientos de liberación sexual durante la Transición española», *Éndoxa*, n.º 31, 2013, p. 127-144.
- GARCÍA DE LEÓN, María Antonia, *Rebeldes ilustradas (La Otra Transición)*, Anthropos, Barcelona, 2008.
- GINARD I FÉRON, David, «Sobre héroes, mártires, tumbas y herejes. Culturas militantes de los comunistas españoles (1939-1962)», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, p. 43-91.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «Introducción» al dossier «Juventud y política en la España contemporánea», *Ayer*, n.º 59, 2005, p. 11-19.
- GONZÁLEZ QUINTANA, Antonio; MARTÍN NÁJERA, Aurelio y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro, *Juventudes Socialistas. 100 años protagonistas del cambio*, Fundación Tomás Meabe, Madrid, 2006.

- HAMILTON, Carrie, *Women and ETA. The gender politics of radical Basque nationalism*, Manchester University Press, Manchester, 2007.
- HERRERÍN LÓPEZ, Ángel, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.
- HORN, Gerd-Rainer, *The Spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford University Press, Nueva York, 2007.
- KORNETIS, Kostis, «'Let's get laid because it's the end of the world': sexuality, gender and the Spanish Left in late Francoism and the Transición», *European Review of History*, vol. 22, n.º 1, 2015, p. 176-198.
- LAIZ, Consuelo, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, La Catarata, Madrid, 1995.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, M.^a Teresa, «El PCE y el feminismo en España (1960-1982)», *Investigaciones feministas*, n.º 2, 2011, p. 299-318.
- LÓPEZ ROMO, Raúl, «La nueva izquierda feminista, ¿matriz de cambio político y cultural?», *Ayer*, n.º 92, 2013, p. 99-121.
- MARIN, Dolors, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Ariel, Barcelona, 2010.
- MARTÍNEZ, Paola, *Género, política y revolución en los años setenta. Mujeres del PRT-ERP*, Maipue, Ituzaingó, 2015.
- MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard, «A la izquierda de lo posible. Las organizaciones revolucionarias en el tardofranquismo y más allá», en TÉBAR HURTADO, Javier (ed.), «Resistencia ordinaria». *La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977)*, PUV, Valencia, 2012, p. 147-157.
- MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard, «La izquierda revolucionaria en tiempos de cambio político. Algunas consideraciones generales y una experiencia particular», en MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere (eds.), *Las izquierdas en tiempos de transición*, PUV, Valencia, 2016, p. 141-167.
- MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-c.1974*, Oxford University Press, Oxford, 1998.
- MC, *La lucha de la liberación de la mujer. Resolución del II Congreso del MC. Serie Liberación de la Mujer*, Madrid, 1978.
- MC-OIC, *Hacia la unidad de la izquierda revolucionaria. Resoluciones y documentos del Congreso de Unificación*, Madrid, 1979.
- MOLINERO, Carme, «Una gran apuesta: la oposición política a través de la movilización social», en BUENO LLUCH, Manuel y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (ed.), *Nosotros, los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, FIM, Madrid, 2010, p. 255-283.
- MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere (eds.), *Las izquierdas en tiempos de transición*, PUV, Valencia, 2016.

- MONTERO, Justa, «El feminismo en el proyecto político de la LCR», en CAUSSA, Martí y MARTÍNEZ I MUNTADA, Ricard (eds.), *Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991)*, La Oveja Roja, Madrid, 2014, p. 205-230.
- MORENO SECO, Mónica, «Compromiso político y feminismo en el universo comunista en la Transición», *Cuestiones de Género*, n.º 8, 2013, p. 43-60.
- MORENO SECO, Mónica, «A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en RAMOS, María Dolores (ed.), *Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España*, Universidad de Málaga, Málaga, 2014, p. 257-282.
- MORENO SECO, Mónica, «Parti communiste et féminisme. De l'antifascisme à la transition démocratique en Espagne», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, n.º 126, 2015, p. 133-146.
- MUÑOZ RUIZ, María del Carmen, «Género, masculinidad y nuevo movimiento obrero bajo el franquismo», en BABIANO, José (ed.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, La Catarata, Madrid, 2007, p. 245-285.
- NASH, Mary, *Dones en Transició. De la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2007.
- OBERTI, Alejandra *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Edhasa, Buenos Aires, 2015.
- ORT, *La mujer ante las elecciones*, sf. <http://ort-ujm.es/main/index.php?option=com_content&view=article&id=128> [6-VI-2016]
- PALA, Giaime, «Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del tardofranquismo», *Mientras Tanto*, n.º 97, 2005, p. 133-148.
- PALA, Giaime, «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, n.º 10, 2013. <<http://ceec.revues.org/4642>> [15-VI-2016]
- PAPADOGIANNIS, Nikolaos, «Confronting “imperialism” and “loneliness”: Sexual and gender relations among young Communists in Greece, 1974-1981», *Journal of Modern Greek Studies*, vol. 29, n.º 2, 2011, p. 219-250.
- PAPADOGIANNIS, Nikolaos, *Militant around the clock? Left-Wing Youth Politics, Leisure, and Sexuality in Post-Dictatorship Greece, 1974-1981*, Berghahn Books, New York-Oxford, 2015a.
- PAPADOGIANNIS, Nikolaos, «Red and Purple? Feminism and Young Greek Euro-communists in the 1970s», *European Review of History*, vol. 22, n.º 1, 2015b, p. 16-40.
- PCE (M-L), *Documentos del Segundo Congreso del PCE (m-l)*, Vanguardia Obrera, Madrid, 1978.
- PTE. *La lucha por la ruptura democrática en la Transición*, Madrid, Asociación por la Memoria Histórica del Partido del Trabajo de España y de la Joven Guardia Roja, 2010.

- REDDY, William M., *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
- RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, «Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia», *Historia del Presente*, n.º 2, 2004, p. 123-146.
- RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, PUV, Valencia, 2009.
- ROMANOS, Eduardo, «Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo», *REIS*, n.º 134, 2011, p. 87-106.
- ROSENWEIN, Barbara H., *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Cornell University Press, Ithaca-New York, 2007.
- RUIZ, Fernando y ROMERO, Joaquín (eds.), *Los partidos marxistas. Sus dirigentes, sus programas*, Anagrama, Barcelona, 1977.
- SANS MOLAS, Joel, «Militancias revolucionarias en los años 60 y 70: el caso de la Organización de Izquierda Comunista», Comunicación presentada al IV Encuentro internacional de historiadores del franquismo, Granada, marzo de 2016, <<https://encuentrofranquismo2016.wordpress.com/talleres/taller-7/>> [15-VII-2016]
- SENDER BEGUÉ, Rosalía, *Luchando por la liberación de la mujer. Valencia, 1969-1981*, PUV, Valencia, 2006.
- SOUTO KUSTRÍN, Sandra, «Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis», *Historia Actual On Line*, n.º 13, 2007, p. 171-192.
- TAVARES, Manuela, *Feminismos, percurso e desafios (1947-2007)*, Texto Editores, Lisboa, 2011.
- TRAT, Josette, «Feminismo», en GARÍ, Manuel, PASTOR, Jaime y ROMERO, Miguel (eds.), *1968. El mundo pudo cambiarse*, La Catarata, Madrid, 2008, p. 122-143.
- TREGLIA, Emanuele, «Izquierda comunista y cambio político: el caso de la ORT», *Ayer*, n.º 92, 2013, p. 47-71.
- Un hombre, un voto. Guía electoral 1977*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977.
- UJCE, *1er Congreso UJCE. Ven con nosotros a cambiar la vida. Mayo 78*, Bucarest, 1980.
- VARO MORAL, Nadia «Mujeres y hombres: la “represión sexuada” de la militancia política», en TÉBAR HURTADO, Javier (ed.), «*Resistencia ordinaria*». *La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977)*, PUV, Valencia, 2012, p. 85-103.
- VARO MORAL, Nadia, *Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CC.OO. del área de Barcelona (1964-1978)*, Germanía, Alzira, 2014.
- VASSALLO, Marta, «Militancia y transgresión», en ANDÚJAR, Andrea et al. (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburg, 2009, p. 19-32.

- VELARDE, Olivia, «Los valores en torno a la familia y la sexualidad», en MARÍN SERRANO, Manuel (dir.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, Instituto de la Juventud, Madrid, 1994, p. 97-126.
- WILHELMI, Gonzalo, *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 2016.
- YUSTA, Mercedes, «Con armas frente a Franco. Mujeres guerrilleras en la España de posguerra», en YUSTA, Mercedes y PEIRÓ, Ignacio (eds.), *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015, p. 175-195.

Financiación

Este artículo se enmarca en el proyecto «Género, compromiso y transgresión en España, 1890-2016» (FEM2016-76675-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

Datos de la autora

Mónica Moreno-Seco (monica.moreno@ua.es) es profesora de Historia Contemporánea del Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante. Directora del Instituto Universitario de Investigación de Estudios de Género (IUIEG), de la Universidad de Alicante. Integrante de la junta directiva de la AEIHM (Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres) y de la Asociación de Historia Contemporánea. Directora de Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea. Entre sus líneas de investigación, destaca el interés por el compromiso social, político y feminista de mujeres en la España contemporánea.